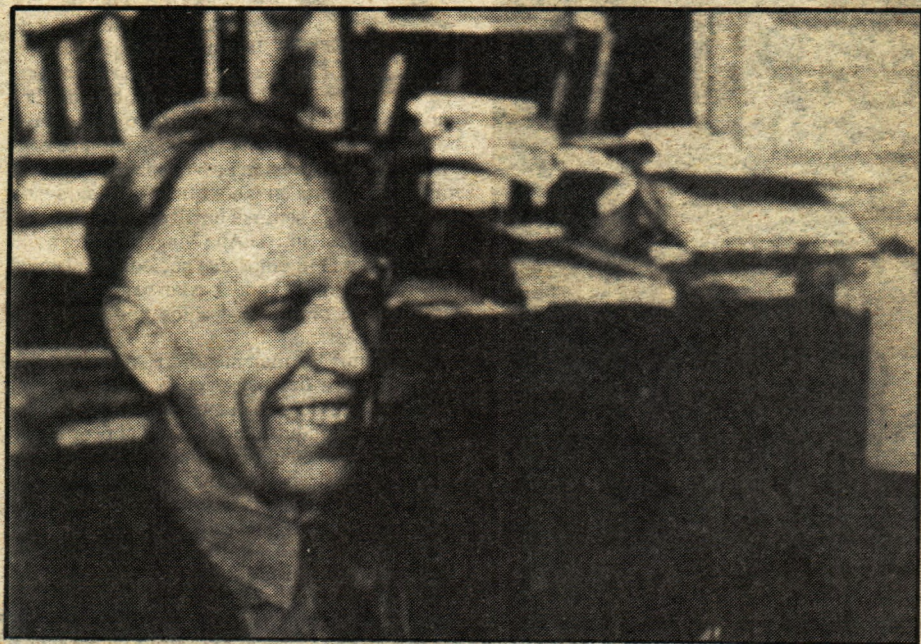


Entrevista de Diego Fernández

Adolfo Bioy Casares en el Salto Oriental

Adolfo Bioy Casares estuvo en Salto. Invitado a la inauguración del Centro Cultural Internacional, vino para participar en la celebración de los cincuenta años de Tlon Uqbar Orbis Tertius, el cuento de su amigo Jorge Luis Borges. En Las Nubes, la casa donde vivió y escribió Enrique Amorim, pude conocer a este escritor frágil y lúcido en sus 76 años, que se confiesa tímido y habla con dificultad pero sin solemnidades, ajeno a toda egolatría. En la demasiado breve charla que se nos permitió, conversamos sobre el relato fantástico, Buenos Aires, su amistad y sus diferencias con Borges, sus sueños y su literatura.



Desde los jardines de Las Nubes nos dirigimos a un lugar algo retirado para eludir el cerco de los organizadores y en el camino empecé a explicarme la razón por la cual Borges era afecto a los reportajes y él no tanto...

...para Borges los reportajes fueron su salvación; por haber quedado ciego —hasta que se sobrepuso a su invidencia— no podía ejercer la literatura y fue gracias a los reportajes que siguió hablando de literatura y metiéndose en su fascinante mundo. No es mi caso, yo por suerte puedo leer y escribir. Nunca he sido, usted puede notar, una persona de palabra fácil y como busco ser siempre cortés con mi interlocutor digo una palabra cualquiera cuando no encuentro la adecuada. Luego cuando leo el reportaje me doy cuenta que estoy ante un borrador. Yo al escribir trato de no publicar borradores y... (piensa y sonríe) para mí los reportajes son en alguna medida borradores. No es que no me gusten los reportajes, es que en verdad soy un mal reportado. Pero no se preocupe, soy; en ese sentido, como una mujer prostituida porque ya me han hecho más de cuatrocientos reportajes. Le confieso que en los primeros reportajes yo me sentía como un chico de colegio que tiene que pasar a dar la lección y le van a descubrir que no sabe nada. Con el tiempo me he sobrepuesto a ese terror, el cual tiene un antiguo origen. Cuando yo entré a la secundaria lo hice luego de iniciadas las clases. En una oportunidad el profesor de matemática explicaba un teorema y me hizo pasar a que lo desarrollara en el pizarrón, y yo me quedé como una estatua pues no sabía la forma de hacerlo. El profesor dijo a mis condiscípulos que yo era un burro y por eso me quedó un bloque, según dirían los psicólogos, que me duró alrededor de dos años. Cuando mis padres se percataron de ello me llevaron con un profesor entrerriano, Felipe Fernández, quien me sacó del pozo y despertó en mí una secreta pasión por la matemática. Quizá si Felipe, que hace poco murió, hubiera vivido, me habría convertido en un matemático. El se murió pero lo que me quedó de sus clases es lo que me ha servido para escribir *La invención de Morel* y muchas cosas más, porque me enseñó a desarrollar un pensamiento ordenado. ¿Sabe la razón por la que le explico todo esto? Es para decirle que soy muy tímido y que siempre que voy a hablar ante un grabador o ante mucha gente me siento igual que aquel pobre chico a quien avergonzaron por no saber desarrollar un teorema.

—¿Es por timidez que se ha mantenido al margen del ambiente de intelectuales?

—He tenido amistad con muchos escritores, pero no he hecho vida de café ni de reuniones de escritores.

Sí creo, además, que una fuerte vida literaria va acompañada generalmente de una débil literatura. Mi vida ha sido más bien de diálogos, de conversaciones personales y las reuniones de *Sur* convocadas por Victoria Ocampo se parecían... un poco a las levas, a las cuales iba en una especie de estado de resignación.

—¿Qué es la ficción y qué es la realidad en un Bioy Casares que acusa en sus obras dos etapas muy nítidas: una, la del relato-ficción, y otra en la que apela a un realismo que conserva un alto grado de abstracción?

—Le diré que mis primeros seis o siete libros fueron espantosos; entonces, cuando se me ocurre *La invención de Morel*, me dije: bueno, aquí tengo una buena historia entre manos y no voy a estropearla como lo he hecho anteriormente. Me percate que el mal estaba en mí y no en el arte, sino en mis sentimientos. Lo que tenía que hacer era alejar las cosas de mí, para que mis simpatías y mis diferencias no me perturbaran y me indujeran en el error. Es por eso que escribí sobre un héroe venezolano y yo no conocía ningún venezolano; lo mandé a una isla del Pacífico sin haber estado nunca en ninguna; le puse pobladores franco-canadienses, gente de cuya nacionalidad no había conocido. Lo hice... (se detiene y piensa) para ser realmente objetivo, para que ninguna pasión perturbara a mi historia.

—¿Y la etapa en que se encara el realismo?

—Lo posterior es que, como a mí la gente me atrae mucho, poblé de gente más real mis libros y, desde un cuento que se llama *El idolo*, aflojé un poco la mano y me sentí más seguro para escribir. Allí los personajes tienen un poco de realidad y la tendrán cada vez más porque me han interesado siempre mucho las personas. Pienso que las invenciones fantásticas ganan si uno las pone en el mundo real, habitual y de todos los días. Además es un mundo que yo describo con simpatía. Por ejemplo, en una ciudad como Buenos Aires, que parece una ciudad tan inhumana, a mí... ¿sabe lo que me ata a ella? el barrio, soy amigo del diarero, de los mozos del bar, con toda esa gente converso y ese mundo de un barrio me parece siempre simpático. Bueno, uno intenta, ahora que he aprendido un poco a escribir, ya no de hablar de venezolanos sino de la gente que uno trata en la vida, y me complazco como escritor en describirla y en imaginarme en la situación de ellos.

—¿Qué es en los cuatrocientos reportajes le habrán preguntado por su amistad con Borges. Y no será original: ¿Qué significó en el plano intelectual y afectivo?

—En el plano intelectual tuve siempre la sensación de encontrar un libro vivo en Borges. Creó que él encontró en mí a un mal escritor que leía mucho y rescató eso... que yo leía mucho. A pesar de las ideas un poco absurdas que yo tenía entonces, en 1932, se hizo mi amigo muy pronto. Fue amigo de toda la vida, un hermano, hemos pasado juntos muchas cosas de la vida y sabía el uno lo que el otro pensaba sin necesidad de decirnoslo.

—Se dice que tanto Borges como Bioy tienen una misma actitud ante un hecho estético.

—Bueno, yo trato de escribir de un modo menos apretado que Borges. Hay diferencias sin embargo...

—¿Son los espejos y la cópula abominables...

—¡No!!!

—...porque multiplican el número de los hombres, como decía el heresiarca de Tlön?

—No..., no... (sonríe largamente antes de responder); categóricamente no me parezco en nada a ese personaje y le digo

que Borges me atribuye una frase que de ninguna manera yo hubiera dicho, ni en una sentencia ni como actitud frente a la vida. Además los espejos siempre me deslumbraron, la nitidez de los espejos, ese borde azulado o verde oscuro... siempre me encantó. En el hecho de que reprodujeran la realidad, pero así multiplicada —como en los espejos trifásicos que reproducen un cuarto muchas veces— uno se da cuenta de que una cosa que ve puede ser irreal. Viendo en uno de esos espejos, en el cuarto de vestir de mi madre, yo pensé, tuve ganas de crear literatura fantástica, de inventar cuentos fantásticos.

—¿Fue una oposición consciente de Borges y de Bioy al realismo imperante su derivación a lo fantástico?

—No creo que radicara en nosotros una idea de llegar a la literatura fantástica para oponernos al realismo. Escribimos literatura fantástica porque leímos literatura fantástica; se me ocurre, por ejemplo... *Las Mil y Una Noches*. El gusto por contar historias nos llevó a pensar que las historias fantásticas o que las novelas policíacas son un tipo de literatura que, si no se construye bien, fracasa.

Debí decir también que el realismo a mí nunca me ha sido antipático; yo trato de que mis historias se sientan como reales, que se sienta la vida cotidiana. Si había algo respecto de lo que estábamos en contra era la literatura no deliberada, no construida, o que simplemente se limitara a contar algo sin buscar un sentido a las cosas, pero no era una reacción contra el realismo.

—Estamos en *Las Nubes*, el bastión inspirador de Amorim. ¿Qué recuerdos conserva de él?

—Muchos. Lo conocí en mi casa, traído por Borges, y nos hicimos muy amigos. Estábamos muy cerca con Amorim, y recuerdo especialmente una cosa que me dijo una vez, muy graciosa, pero con mucho sentido. Le publicamos un libro en Séptimo Círculo y él hablaba bastante de Séptimo Círculo, y el libro que más le gustaba era *Un Gusto de Miel*. Cuando le pregunté la razón de su preferencia se quedó un rato en silencio y me dijo: Bueno, uno nunca sabe por qué le gustan ciertas cosas. A mí me gusta *Un Gusto de Miel* porque fui apicultor. Tenía razón, es que muchas veces uno no sabe por qué le gustan algunas cosas.

reseña de libros

Facultad de Humanidades y Ciencias, Publicar y liquidar

El jueves 23 de agosto en horas del mediodía un grupo de profesores, funcionarios, periodistas, editores y allegados se reunieron en la Sala Vaz Ferreira de la Facultad de Humanidades y Ciencias. El motivo era asistir a una muestra bibliográfica y a la presentación de un proyecto editorial elaborado por el Departamento de Publicaciones de la citada casa de estudios.

La muestra bibliográfica incluyó libros y folletos de las distintas series que la Facultad ha ido engrosando desde 1985 hasta la fecha. Había allí tanto trabajos mayores como avances de investigación y publicaciones internas de circulación más restringida. Al curioso podía interesar especialmente la reunión de las conferencias que el historiador francés Michel Vovelle pronunció en 1987 cuando estuvo en Montevideo o las importantísimas conversaciones con el biólogo Jacques Ninio: *Dinámica de las ideas en biología*, entre muchos.

Co-ediciones

El centro de la muestra lo constituían cuatro libros recientemente aparecidos

en coedición de la F. de H. y C. y Ediciones de la Banda Oriental. A ellos se refirió Heber Raviolo, director de Ebo. Se congratuló de los títulos aparecidos: *Argentina 1976. Las vísperas del golpe*, de Alcides Beretta; *Brasil 1945-1964. Modelos de desarrollo*, de Selva López; 1968: *La revuelta estudiantil*, de Jorge Landinelli y 1968: *El liberalismo conservador*, de Alvaro Rico. Así como adelantó los cuatro nuevos que aparecerán bajo el patrocinio de ambos sellos en los que se combinan también problemas nacionales con latinoamericanos.

Inmediatamente habló el decano de la Facultad, licenciado Carlos Zubillaga. Elogió el esfuerzo realizado por el Departamento de Publicaciones para dignificar los libros que han aparecido en este último lustro, contra todas las adversidades y las carencias por demás conocidas en el medio universitario. Expresó que el convenio con Ebo mejorará el esfuerzo editor de la Facultad. De la muestra destacó especialmente dos libros: *Imagen, icono e ilusión*, del profesor Juan Fló y el ensayo de Carlos Real de Azúa: *Partidos, política y poder en el Uruguay*.